

Paquita

Charles Baudelaire, el poeta maldito, agradecía a Dios no haber nacido ni mujer, ni negro, ni enano ni judío ni perro. Paquita cumplía por lo menos con tres de estas condiciones y a lo largo de su vida lo sufrió bastante. Fue muy poco a la escuela. Algo cuando niñita, allá en la escuela rancho del paraje de Canalejas. Y fue un poco más ya grande, casada, en el turno de la noche, en la vieja y enorme escuela del pueblo de Bowen.

Ella trabajó mucho toda su vida. Mucho siendo apenas una niña, en el campo, a la par de sus hermanos varones mucho más grandes que ella. Trabajó mucho siendo joven, muy joven, cuando la empleaban para lavar, planchar y limpiar en las casas de las familias más acomodadas del pueblo. Trabajó mucho también cuando grande, en la cosecha primero, y después en la fábrica conservera. Con turnos agotadores e interminables que no le impedían volver a la pieza alquilada corriendo para cocinar, limpiar, comer y volver a entrar al trabajo, con el trajín propio de la humilde ama de casa.

De todo eso se acuerda Paquita Rivas mientras camina rápido hacia la escuela. Pero hoy no va a estudiar, ni a escribir, ni a leer ni a sacar cuentas. Va a otra cosa para la que tuvo que sacar coraje de donde no tenía, o mejor dicho, de donde tenía a montones.

Es que el viernes pasado la mandó a llamar la señorita Olga, la maestra de cuarto grado, adonde va Ema, su hija. Ese día se perdió un lápiz en el grado y la niña fue acusada de habérselo robado. Ema llegó llorando a su casa y buscó sus brazos. Lloraba y lloraba sin parar, contando entre llanto, lágrima y suspiro, lo que le había pasado en la escuela.

Por eso Paquita camina rápido por la mañana fría. Va enojada, indignada, herida. Va por un lápiz de miércoles, pero no va por ese lápiz. Va por su hija, y va por ella misma.

Recuerda lo que le pasó hace años en la escuela rancho de Canalejas. Allá lejos y hace tiempo. Aunque parece que fue ayer nomás cuando el bravo maestro Fausto la trató de ladrona.

Paquita Rivas camina a todo lo que le dan sus cortas piernas. El camino se le hace largo y sin embargo apenas son seis cuabras desde la casa hasta la escuela.

También se le hizo largo, larguísimo el fin de semana, cuando tantos otros le habían parecido cortísimos.

Paquita avanza decidida. La helada que se está levantando en esta mañana de junio la ha obligado a emponcharse como nunca. Va con pullover grueso y bufanda, con camperón y guantes, con dos pares de medias y un curtido gorro de lana que le cubriendo su pelo encrespado.

Se acuerda patente de cuando la maltrató el maestro Fausto. Fue por una moneda. Una reluciente moneda de un peso que Fermicino Arana, el hijo del opulento estanciero, don Arana, había ostentado en la clase. Reluciente, perfecta, poderosa y envidiada fue exhibida por su dueño en aquella geografía de pobreza histórica. Se había presentado con su fabuloso tesoro cual si fuera Colón ante los indios.

Los demás chicos la admiraban con ojos asombrados y codiciosos. Ellos apenas si traían uno o dos centavos para los caramelos, si es que traían. Pero como ya lo dijo el viejo Vizcacha, que “es difícil guardar prenda que otros codicean”, pasó lo que tenía que pasar. O mejor dicho, no debió haber pasado nunca.

Para el segundo recreo la lironda moneda había desaparecido. La denuncia en forma de agudo berrinche no se hizo esperar. Por una razón de proximidad, condición social o color de tez o vaya a saber uno por qué, la sospecha recayó sobre tres niños, entre ellos Paquita.

Y el maestro Fausto, a pesar de ser conservador y usar bigotes a lo Palacios, hizo tronar el escarmiento. Revisó con avidez las pocas y humildes pertenencias de sus alumnos, revolviendo en el fondo de vapuleadas maletas de cuero y hurgando afanoso en un par de sufridas cartucheras de trapo. Metió sus manos huesudas en los flacos bolsillos de los niños, abrió cuadernos y libros ajados, pero nada. El tesoro se había esfumado.

Entonces, como recurso desesperado, ordenó a con su voz de toro que los sospechosos se sacaran las zapatillas. Quizás más por escarnio que por pesquisa. De todos modos, el armar tal zafarrancho, aunque la moneda no apareciera, le haría ganar buenos puntos ante don Arana.

Dos de los chicos obedecieron al instante quedando en pata sobre el desperejo piso de ladrillos cuarteados. Paquita dudó unos cuantos segundos. Pero no fue por desafío o por sedición. Fue solamente por pudor. Tenía las medias rotas y eso la avergonzaba hasta el espanto. Siempre fue muy vergonzosa ella. El maestro repitió su orden, blandiendo ampulosamente su puntero. Aterrorizada obedeció y sus mejillas pasaron del blanco al rojo en un segundo. El resto de la clase saludó con sus risas nerviosas a los pequeños dedos de Paquita asomando por entre los agujeros de las viejas medias. Después la carcajada fue general. Las burlas aumentaron de volumen y de crueldad, y hasta el maestro Fausto tuvo que morderse los labios y torcer su bigote para no reírse.

La niña se ahogaba en llanto, en vergüenza, en lágrimas, en espasmos nerviosos y mocos sin poder hablar para defenderse, o al menos balbucear su inocencia.

Paquita volvió caminando muy despacio a su casa que estaba en las afueras del pequeño poblado. Arrastrando casi su maleta y su alma, llena todavía de vergüenza. Una parte del camino lo hizo bajo las impiadosas chanzas de sus compañeros. Cuando ya caminaba sola por la calle polvorienta resonaron desde lejos las últimas pullas: “¡Paquita medias rotas!” escuchó, “¡Negrita patas sucias!” padeció. Y pudo también oír con tristeza y rabia, el coro lejano de risas imbéciles que festejaban el dudoso ingenio de los burlistas.

Antes de llegar borró con la manga del guardapolvos los surcos que las últimas lágrimas dejaron en sus mejillas paspadas. Respiró bien hondo y con cara de “no pasa nada” entró a la cocina como lo hacía siempre, a preparar y tomar el mate cocido con galleta. No se atrevió a contar lo que le había pasado en la escuela ya que seguramente recibiría encima el inexorable castigo materno. En su casa siempre se aplicaba aquello de “el maestro siempre tiene razón” y por igual el “menos pregunta el padre y castiga”.

La moneda apareció al día siguiente entre las tantas cosas que su próspero dueño atesoraba en su gordo maletín de cuero negro. El maestro Fausto nunca se disculpó con nadie por los falsos cargos.

Pocos meses después la familia Rivas en pleno, cargó sus cosas en un enorme camión destartalado y se mudó cien kilómetros al Oeste, a Bowen, en busca de un mejor destino.

Ya grande, de edad por lo menos, seguía recordando aquellos instantes de pesadilla. Olvidó a lo mejor algún felicitado, una caricia, una palabra cariñosa de alguna maestra o algún regalito. Pero la anécdota del escarnio que sufrió a causa de la moneda perdida, la

llevaba como una espina de dolor en el alma, y su recuerdo, en ocasiones le hacía humedecer los ojos. Es que de todo uno se olvida, menos del maltrato.

Si incluso soñaba a veces con aquella lejana pero presente injusticia. Y ella sueña mucho, y en colores dice. Sueña que el maestro Fausto, Dios lo tenga en la gloria, la reta con su voz de toro, y le hace sacar las zapatillas. Peor aún, sueña que anda por las calles descalza, delante de todo el mundo. Sueña que busca sus zapatillas, que se tiene que volver a buscarlas, a veces a su casa, y a veces a la escuelita de Canalejas. Y sueña que jamás las encuentra.

Paquita sueña que anda descalza por la calle. Descalza por la vida. Y se despierta con un sobresalto y una congoja que la deja al borde del llanto. Pero los sueños, sueños, sueños.

Ahora Paquita camina pisando en parte por la calle de tierra que la lleva a la tremenda cita. Y mientras camina decidida recuerda al detalle lo que vivió hace tiempo, o hace tan poco, según como se mire.

Llega por fin a la escuela. Al traspasar el portón de rejas, siente como un calor que la invade, que se le desborda por la cara y la prepara para el enfrentamiento decisivo.

Va a hablar frente a frente con la maestra Olga. En si va a hablar con todos. Va a enfrentar a la injusticia, al maltrato. Va a enfrentar también al prepotente maestro Fausto. Va a decirle a todo el mundo, va a decirle a la vida, lo que no pudo decir esa mañana en la escuelita de Canalejas. Va a defender a su pequeña hija como le hubiera gustado que la defendieran a ella, aquella vez.

Justamente el día anterior a ese viernes, le había comprado a la Ema un hermoso lápiz, nuevo, reluciente, con una goma de borrar en un extremo. De los más caros para colmo. Le dijo que lo cuidara mucho, que no pasara como con las otras cosas que había perdido, o que le habían robado. En la escuela siempre se pierden cosas, decía, como la moneda aquella, pensaba. Pero la Ema no perdió el lápiz. Lo perdió otro chico del grado y al ver que la niña tenía uno nuevo, la culpó sin más ante la maestra. Ésta le sacó el lápiz a Ema y se lo dio al otro niño que lloraba desconsolado porque en su casa decía, le iban a pegar por perderlo. Y volvió a acusar a la Ema de robárselo.

Ya la estaban esperando en la dirección. Estaba la maestra Olga, joven y amable y estaba además la directora Carmen, conocida por la enorme autoridad con que dirigía el establecimiento. No le importaba, “que traigan al ministro si quieren” pensaba al entrar al despacho con la frente alta y la indignación visible en su cara. Desde la pared, el retrato gris de Sarmiento presidía la escena con gesto severo. “Me van a escuchar” pensó desafiante sin dejarse intimidar por “el padre del aula”.

Y la escucharon, vaya si la escucharon.

Lo había practicado docenas de veces, todo el sábado y todo el domingo. Eligiendo y descartando palabras. Mejorando en todo lo que podía sus argumentos.

Paquita les habló. No con palabras pequeñas, ni con el exceso de prudencia que muchas veces es hija del miedo. Pero eso si, les habló con respeto, con mucho respeto. Lo más claro y elocuente que la vida y su escasa escolaridad le permitieron. Les contó acerca del dichoso lápiz que había comprado para su hija. Les habló de la honradez y del buen ejemplo. De la humilde familia de donde ella provenía y de la humilde familia que había formado. De cómo habían levantado trabajando codo a codo con su marido la casita

propia. Del trabajo que conoció como pocos y de la injusticia que conoció como nadie, o como tantos.

Cuando se alejaba de la escuela, Paquita no se acordaba muy bien de todo lo que había dicho. Pero si se acordaba muy bien de que la escucharon. Y no sólo la escucharon. Su hija Ema recuperó su lápiz en buena ley y no sólo eso. Le dijeron que tenía razón y como si todo eso fuera poco, también le pidieron disculpas.

La maestra Olga y la directora Carmen nada menos, le pidieron disculpas a ella. A Paquita Rivas. Y nada de Paquita. La trataron de señora. De señora.

Para ella esas palabras fueron como mágicas. Sentía que desde alguna parte, también le había pedido disculpas el bravo maestro Fausto, con sus bigotes y sus manos huesudas. Dios lo tenga en la gloria.

Y si realmente no fueron palabras mágicas, fueron un bálsamo para su corazón de niña maltratada, de mujer maltratada. Se sintió compensada y con creces. Desagraviada después de tantos años, ya que ahora se da cuenta realmente de los años que pasaron desde aquella acusación por la moneda perdida. Y la verdad es que fue como un acto de justicia demasiado tiempo postergado.

Los años pasaron y pasaron. Paquita Rivas siguió luchando a brazo partido contra la adversidad, en especial desde que enviudó repentinamente. Y entonces tuvo que salir a trabajar duro, mucho más duro todavía. Para compensar la pensión escasa que le dejara el difunto y para que su hija estudiara. Pero estaba acostumbrada, vaya si lo estaba. Y luchando como ella, y estudiando mucho, su hija Ema se fue a estudiar y años más tarde se recibió de médica. Y eso la llena de orgullo. Y se nota cuando habla de su hija y endereza levemente su espalda, su pequeña espalda encorvada por los años y por el trabajo.

Como también la llena de orgullo propio ese día, ese inolvidable día en que la maestra y la directora de la escuela de Bowen le pidieron disculpas.

Hoy Paquita vive sola en su casa. De vez en cuando recibe alguna que otra visita apurada, pero su condición es ser sola. Vive trabajando, en tareas necesarias y otras que se inventa. Sentada en su silla de paja al lado de la estufa, o al solcito, es capaz de cerrar los ojos y revivir cada uno de sus recuerdos en imágenes todavía precisas. Cuando duerme es de soñar mucho, ya lo dije, y en colores, como ella asegura.

Sueña con la escuela rancho de Canalejas y con la bendita moneda. Sueña con la escuela grande de Bowen, y el dichoso lápiz. Sueña con su hija Ema, que trabaja de médica en la ciudad. Su pequeña Ema es su gran orgullo y no hay poeta maldito que se lo quite.

Pero eso sí, nunca, nunca más, desde que la señorita Olga, la directora Carmen, allá en la escuela, le pidieron disculpas, nunca más, Paquita volvió a soñar que andaba descalza por la vida.

Fin

Daniel Garay

